

**ENTRE LA II CUMBRE
Y LA DETENCION DE
PINOCHET**

CHILE 1998

FLACSO - Biblioteca

Flacso-Chile

Entre la II Cumbre y la detención de Pinochet, Chile 1998

Las opiniones que se presentan en los trabajos, así como los análisis e interpretaciones que ellos contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO-Chile, ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO-Chile.

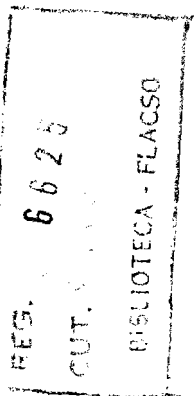
La publicación de este libro, que recoge parte de las actividades de FLACSO, ha sido posible gracias a la colaboración de la Fundación Ford, The William and Flora Hewlett Foundation y la Fundación John D. and Catherine T. MacArthur, a través del apoyo a los diversos programas de la institución.

322(83) FLACSO-Chile
F572 Entre la II Cumbre y la detención de
Pinochet, Chile 1998, Santiago, Chile:
FLACSO-Chile 1999
334 p.
ISBN: 956-205-134-X

ENCUESTAS POLITICAS / DERECHOS HUMANOS /
TRANSICION POLITICA / DESARROLLO ECONOMI-
CO / DESARROLLO POLITICO / ANALISIS POLITICO /
PARTICIPACION POLITICA / PARTICIPACION SO-
CIAL / JUVENTUD / MUJERES / POBLACION INDIGE-
NA / INTEGRACION ECONOMICA / POLITICA EXTE-
RIOR / PARTIDOS POLITICOS / CHILE

© 1999, FLACSO-Chile. Inscripción N° 109.675. Prohibida su reproducción.
Editado por FLACSO-Chile, Leopoldo Urrutia 1950, Ñuñoa
Teléfonos: (562) 225 7357-225 9938-225 9655 Fax: (562) 225 4687
Casilla electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Producción editorial: Indira Palacios, Marcela Zamorano, FLACSO-Chile
Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile
Diseño portada: A•DOS Diseñadores
Impresión: LOM Ediciones



INDICE

Presentación	5
<i>Francisco Rojas Aravena</i>	
CHILE Y LAS AMERICAS	
Nuestros miedos	11
<i>Norbert Lechner</i>	
Visiones latinoamericanas: Latinobarómetro 1998	29
<i>Marta Lagos C.</i>	
El penúltimo año del siglo en América Latina	47
<i>Gabriel Gaspar T.</i>	
El proceso de Cumbres Hemisféricas: la nueva agenda de cooperación en las Américas	63
<i>Carlos Portales C.</i>	
POLITICA: EL PROCESO CONTRA PINOCHEF Y LOS DERECHOS HUMANOS	
Balance de la Política de Derechos Humanos en la transición chilena a la Democracia	87
<i>José Zalaquett</i>	
Pinochet y la justicia. Una reflexión sobre los cambios en el derecho	99
<i>Rogelio Pérez P.</i>	
El juicio de la historia. Espectros de pasado	113
<i>Detlef Nolte</i>	
Las agendas del sector Defensa y Pinochet	125
<i>José Luis Díaz</i>	
Reacciones de la Cancillería chilena durante el caso Pinochet	137
<i>CEDOC</i>	

CIUDADANIA, PARTICIPACION Y POLITICAS SOCIALES

Chile 1997-1998. Las revanchas de la democratización incompleta 153

Manuel Antonio Garretón M.

Participación en políticas sociales: percepción de los usuarios 167

Marcela Noé E.

El control ciudadano de la Plataforma de Beijing: un proceso social en construcción 191

Teresa Valdés E., Indira Palacios V.

Rediseño de los partidos políticos 217

Carlos Eduardo Mena K.

La problemática indígena en el Chile actual 229

Gerardo Zuñiga N.

Adolescentes/Jóvenes: que poco sabemos de ellos 255

José Olavarría A.

ECONOMIA

La economía chilena en 1998 279

Oscar Muñoz G.

Chile en la Cuenca del Pacífico. La importancia de APEC 295

Andrés Angulo F.

RELACIONES EXTERIORES

Los desafíos de la política exterior chilena durante 1998 303

Paz V. Milet G.

Chile-Perú: revisando las agendas con una mirada de futuro 311

Francisco Rojas Aravena

El programa de Cooperación Horizontal de Chile 321

Sergio Gómez E.

Autores 334

REDISEÑO DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Carlos Eduardo Mena K.

Una de las características centrales del funcionamiento de la democracia en nuestro continente en el último tiempo, tiene que ver con los desajustes que se han producido entre la política y la sociedad. Existe no sólo un retraso en las formas de hacer política, sino también en las formas de pensar la política. Prevalecen concepciones tradicionales e imágenes estáticas acerca de lo que es y puede hacer la política. Es de especial preocupación este inmovilismo, por parte de los partidos políticos independientemente de su signo ideológico. Predomina un cierto retraso en el pensamiento político que conduce a esta aparente ausencia de alternativas que caracterizan a nuestra época. Existe también, una inercia en la ciudadanía, ya que los ciudadanos suelen hacerse ideas y expectativas acerca de la política que no corresponden a la nueva realidad social.

Uno de los factores que ha influido decisivamente en este desajuste entre la política y la sociedad, dice relación con un rasgo específico del proceso de modernización que ha operado en nuestros países. Me refiero a la velocidad o la celeridad del proceso. Mientras en Europa y en Estados Unidos el proceso de modernización avanzó gradualmente en muchas décadas y por lo tanto, muchos de sus efectos de disgregación, de destrucción de las identidades sociales, pudieron ser amortiguados por la continuidad de identidades colectivas y lazos solidarios anteriores, en América Latina en cambio, la actual estrategia de modernización fue impuesta con tal rapidez y radicalidad que en pocos años arrasa con las tradiciones destruyendo los colchones protectores del tejido social. Adicionalmente, en Estados Unidos y Europa existe una experiencia acumulada con el régimen democrático y por tanto cierto “sentido común” acerca de sus méritos y defectos. Esta tradición capaz de cubrir la brecha entre lo cotidiano y el funcionamiento real de

la institucionalidad democrática falta en muchos de nuestros países. Después del término de las dictaduras, los regímenes que han surgido tienen en alguna medida un carácter fundacional, que aumenta la presión sobre el cumplimiento de las “promesas de la democracia”, es decir, se suele exigir de las instituciones democráticas un “desarrollo ideal” sin concederles muchas veces el tiempo necesario para afianzarse en sus rutinas normales.

Tradicionalmente, se ha sostenido que los partidos políticos tienen como funciones principales la de actuar como mediadores entre la sociedad y el Estado, articulando los diversos intereses de los distintos actores sociales, con el propósito de proponer un proyecto colectivo para toda la sociedad. De esta manera, los partidos también se consideran como instrumentos de representación política y de comunicación entre el Estado y la sociedad y la sociedad y el Estado.

Los partidos, no realizan estas funciones de manera independiente, o al margen del entorno en el cual deben operar. Al igual que toda organización los partidos políticos están implicados en una multiplicidad de relaciones con su entorno. En consecuencia, los cambios que ocurren a nivel de la sociedad afectan de manera muy determinante, las características de los partidos su rol y funcionamiento. La literatura ha descrito a través de diversas escuelas y autores las distintas relaciones de las organizaciones con su entorno. Ellas se pueden resumir en dos tipos de tendencias: aquellas que ponen el énfasis en que las organizaciones se adaptan más o menos pasivamente al ambiente en que están insertas, y aquellas otras que acentúan por el contrario su tendencia a dominar el entorno o el ambiente, a adaptarlo por así decirlo a sí mismas transformándolo. Los dos planteamiento, suscitan habitualmente interrogantes de diverso tipo: en el primer caso, por ejemplo, como influye el ambiente sobre la organización, y en el segundo, como la organización modifica el propio ambiente.

Pero, los cambios que han ocurrido a nivel de la sociedad, y que afectan el funcionamiento de los partidos políticos son de tal envergadura o naturaleza, que la tendencia de adaptación del partido al ambiente sin una transformación muy radical de su carácter y estructura para seguir ejerciendo las funciones de representación de agregación de intereses, y canalización de demandas, resultará inviable y profundizará la brecha entre la política y la sociedad. La estrategia de “dominio” del ambiente, también encuentra dificultades significativas para llevarla a la práctica, debido a que también son necesarios cambios muy profundos en el rol, funcionamiento y estructuras de los partidos, para que puedan efectiva-

mente hacer frente a los desafíos que plantean las transformaciones de la sociedad.

Se han producido cambios en el entorno societal, y cambios en la propia política. Síntoma de ello es la denominada “crisis de la política” o la insatisfacción acerca de la calidad de la política. En este contexto deben visualizarse muchos de los problemas que viven los partidos políticos.

Primer problema. Crisis de representación

Los partidos políticos siempre han procurado la representación de la diversidad de intereses sociales existentes en la sociedad. Pero la representatividad, presupone que existan actores representables. Sin embargo, hoy existe un debilitamiento de los actores sociales y por tanto, se hace más difícil su representación. Más aún, hay una disminución de las llamadas “identidades colectivas” que eran la base de la representación social que realizaban los partidos. El producto que desde hace varias décadas *hay un proceso de diferenciación social que ha complejizado la estructura social*. Las clases sociales fundamentales que en el pasado aglutinaban y estructuraban a las poblaciones en grandes identidades colectivas, se diferencian en la actualidad en múltiples grupos sociales con subculturas específicas. La multiplicación de espacios más y más autónomos genera una segmentación de los intereses materiales y disminuyen la importancia de los principios universales que servían de anclaje a las identidades colectivas. En la medida en que esta diferenciación social da lugar a procesos de disgregación y de atomización, las entidades colectivas se disuelven.

Los actores sociales se han multiplicado pero al mismo tiempo se debilitan. Existe en consecuencia una brecha que se ha generado entre los representantes políticos de los partidos y los representados, afectando de una manera muy determinante los perfiles de los partidos y su capacidad de propuesta que expresen la basta pluralidad de actores e intereses para producir una efectiva articulación de los mismos.

Segundo problema. Crisis en la función mediadora de los partidos

Los partidos ven obstaculizados los roles tradicionales especialmente en su función mediadora, por los grupos de intereses y, sobre todo, por

tendencias existentes en la sociedad a la autonomía de las estructuras político-administrativas, y por la multiplicación de asociaciones que se constituyen en torno a problemas concretos. Ello debido a la creciente diferenciación funcional de la sociedad, lo que dificulta y restringe la operación de los partidos. Esta diferenciación funcional se refiere a que diversos campos y funciones específicas de la sociedad han ido desarrollando racionalidades propias acordes con sus funciones hasta constituir subsistemas funcionales. Expresión de ello es la relativa independencia o impermeabilidad que muestran por ejemplo la economía, el derecho, la ciencia, la cultura y la misma política, cada cual obedeciendo a su lógica específica. Estas operan como campos autorreferidos en conformidad con sus códigos funcionales específicos y por tanto sólo asimilan señales externas en la medida en que sean asimilables en la lógica interna de su propio subsistema.

A pesar de los grandes flujos de información la vida social se ha vuelto opaca y por lo tanto, más impenetrable a un ordenamiento deliberado. La diferenciación avanza a un punto tal, que la sociedad pierde la noción de sí misma en cuanto sociedad. Se desvanecen en consecuencia las representaciones colectivas acerca del “orden” y por lo tanto los sentimientos de arraigo social y de pertenencia a una comunidad. De hecho, las grandes ciudades de nuestros países anticipan estas características de nuestras sociedades: son espacios sin centro. Estos procesos de diferenciación de nuestras sociedades dejan de tener un centro único. Este descentramiento del ordenamiento social modifica el lugar de la política: la política ha perdido centralidad. Ha dejado de ser aquel núcleo central y exclusivo a partir del cual se ordenaba el conjunto de la sociedad.

La capacidad de convocatoria y la identificación de estas lógicas autorreferidas con un proyecto total que constituye la esencia de un partido que pretende articular al conjunto de la sociedad, colocan obstáculos muy significativos a la manera y la forma como los partidos pretenden conducir y orientar al conjunto de la sociedad.

Tercer problema. Globalización y partidos

Otro rasgo que influye de manera muy determinante en los proyectos partidarios tiene que ver con el actual proceso de globalización. En efecto, los procesos de globalización han puesto en marcha dinámicas cuyo alcance no podemos apreciar ni comprender plenamente. Sin embargo, ya se visualizan transformaciones de gran relevancia como las

que tienen que ver con el *redimensionamiento del espacio*. Existe una mucho mayor interrelación entre las políticas nacionales y las externas. Siempre hubo esta interrelación, pero en la actualidad hay muy pocos problemas que pueden ser resueltos o que van a ser definitivamente superados dentro de las sociedades nacionales. Los problemas de la violencia, el terrorismo, el medio ambiente, el narcotráfico y el uso de los recursos naturales son todos problemas que no pueden ser resueltos dentro del ámbito estrictamente nacional. La política en consecuencia ya no opera en el campo nacional exclusivamente. Cada día adquieren mayor peso los problemas a escala mundial o regional. En síntesis, la brecha entre los procesos transnacionales que tienen que ver con los flujos financieros, productivos y tecnológicos y el alcance nacional de la gestión política, se profundiza poniendo en entredicho el espacio natural de la política que estaba dado por el marco nacional. En este contexto, la pregunta que surge es cómo damos cuenta cabal de este fenómeno en la formulación de los proyectos partidarios. Cómo se articulan las estrategias para abordar los problemas globales entre diferentes fuerzas políticas, cómo se generan consensos transnacionales para diseñar propuestas e implementar las acciones necesarias que requieren este tipo de problemas como ocurre en nuestra región, con el narcotráfico.

Cuarto problema. Cambios en el sentido del tiempo

Las ofertas políticas de los partidos políticos, o el proyecto político que proponen a la sociedad, constituye una construcción deliberada de futuro. Sin embargo, hoy día, los partidos políticos carecen de horizonte de futuro y de adhesión a una causa que se realice en un tiempo histórico. Con la pérdida de perspectiva, el presente se hace en consecuencia omnipresente. Esto tiene que ver con el redimensionamiento del tiempo, ya que en los últimos años ha tenido lugar una aceleración vertiginosa del tiempo. El ritmo de vida se hace más y más rápido, acelerando la obsolescencia del pasado inmediato. Las experiencias aprendida anteriormente pronto dejan de ser útiles, y este recorte del tiempo útil afecta también a la política, y a los partidos, ya que ellos no pueden recurrir al trasfondo histórico de las experiencias acumuladas para enfrentar los retos del presente. Junto a esta obsolescencia del pasado, se advierte un desvanecimiento del futuro. Los tiempos de la política, son distintos a los del mercado. Implican gobernabilidad, manejo de la coyuntura y a la vez proyección, sentido de futuro. Los tiempos del mercado caracterizados por la velocidad y voracidad del consumo tienden a transformar todo en presente. En épocas anteriores la aceleración del tiempo era domesticada o controla-

da por una noción de futuro progresivo que estaba dada por las ideas de progreso técnico o de emancipación humana. El futuro representaba un horizonte de sentido en el nombre del cual, se interpretaba el presente.

Lo señalado anteriormente, estimula al interior de cada partido en diversos grados y de distinta forma una exacerbación de la lucha por el poder inmediato. Se trata de obtener retribuciones simbólicas aquí, ahora, lo más rápidamente posible. La política y la tarea de los partidos muchas veces se ha transformado en quién obtiene qué cosa, cómo y cuándo.

Esto afecta a las formas como se estructura el poder organizativo al interior de los partidos y en consecuencia a la percepción de la ciudadanía respecto a sus funciones y tareas. Para comprender este fenómeno es conveniente distinguir entre las negociaciones horizontales, o sea los intercambios que se generan entre los líderes al interior de un partido, de los contenidos del intercambio entre los líderes y los seguidores, o sea las relaciones verticales. El contenido de los intercambios en ambos casos es diferente. En el caso de las negociaciones verticales están dadas por lo que se ha denominado la “teoría de los incentivos”. Según ésta, los líderes, intercambian incentivos colectivos y/o selectivos por participación. Los incentivos colectivos se refieren a la ideología del partido, a los fines oficiales del partido. Si los fines oficiales pierden credibilidad también se debilitan obviamente los incentivos ideológicos y también los incentivos que tienen que ver con la identidad y la solidaridad partidaria. Esto afecta la convivencia interna de los partidos.

En definitiva, los “incentivos colectivos”, se refieren a los incentivos de identidad. Los incentivos selectivos en cambio, se refieren a incentivos materiales de *status* o de poder. Siempre en todos los partidos ha existido una combinación entre ambos tipos de incentivos. Pero en la mayoría de ellos, anteriormente, había un énfasis en los incentivos colectivos, que se han ido debilitando últimamente con los cambios que han ocurrido a nivel societal. En todos los partidos existe un grupo duro de militantes cuya participación depende fundamentalmente de los incentivos colectivos. Es lo que podríamos denominar los “creyentes” pero existe otro tipo de militantes que depende más de los incentivos selectivos y que podríamos denominar los “arribistas”. Los denominados arribistas han adquirido una preeminencia importante al interior de los partidos. Son militantes interesados predominantemente en los incentivos selectivos. Su presencia tiene consecuencias organizativas considerables. Son los que viven la vida partidaria en

función de las maniobras de los juegos entre las fracciones o tendencias y representan un área siempre de mucha turbulencia. La preeminencia que estos han adquirido al interior de los partidos de alguna manera contribuye al alejamiento de los ciudadanos de la política. La ciudadanía tiende a perder confianza en los proyectos y propuestas partidarias en función de que los partidos son vistos como máquinas de poder, interesados en la lucha entre ellos, con una tendencia a la autoreferencia. En consecuencia generan una desnaturalización de la visión de la ciudadanía respecto de los partidos.

Quinto problema. Crisis de la función de integración de los partidos

Los partidos políticos constituían un ámbito integrador. Generaban un espacio de interacción entre ciudadanos que le daba a la democracia y a la vida partidista una dinámica innovadora. En la actualidad, la esfera pública no es que desaparezca, sino que cambió de forma. El ámbito público se tiende a confundir con el espacio del mercado. El intercambio de opiniones e intereses se entremezclan con el intercambio de bienes y servicios. Por otra parte, los límites entre lo público y lo privado se diluyen. Expresión de ello es el papel predominante de la televisión en la vida social, lo que también ha afectado la función mediadora de los partidos políticos. La televisión cambia la forma de hacer política, fomentando los espectáculos destinados a impactar al ciudadano-espectador. Este toma el papel de una especie de jurado permanente pero pasivo del teatro político. En el fondo reina una cultura de la imagen que desplaza a la palabra como soporte de la argumentación y de las decisiones políticas. Tanto los políticos como los ciudadanos, forman sus opiniones ya no tanto a través del debate partidario, sino a través de un conjunto de destellos inconexos de imágenes fugaces y reiterativas. Esta video-política condiciona la actuación de los partidos políticos, pues incrementa la volatilidad y la simultaneidad de la agenda pública. La televisión es pura imagen simbólica desplazando todo aquello que no se ve, como los conceptos abstractos, tales como: democracia, solidaridad y justicia.

Siendo la televisión quizás el principal mecanismo de integración simbólica como ocurre con las telenovelas, el fútbol, pero también con los noticiarios informativos, sólo se crea una integración espúrea. El problema no radica tanto en la manipulación de lo público sino en la excesiva reducción de la complejidad. Es decir, la televisión por su

lógica específica no fomenta un debate ciudadano que asuma los complejos problemas de hoy. En el fondo, se produce una tendencia a reproducir televisivamente la fragmentación y la disgregación social.

A pesar de los cambios en las maneras y formas de hacer política que ha introducido la televisión creo que los partidos tienen un rol fundamental y principal. Para ello, es importante la distinción entre información y competencia cognocitiva. Esta es una distinción esencial. El hecho de estar informado sobre astronomía no convierte a una persona en astrónomo. El estar informado sobre la economía no hace a la persona economista; así como tampoco la información sobre física lo transforma a uno en físico. Análogamente, cuando hablamos de personas políticamente educadas debemos distinguir entre quienes están informados de política y quiénes son cognitivamente competentes para resolver los problemas de la política. Los partidos, pueden haber disminuido su injerencia en la información política pero tienen un desafío aún mayor en la formación de ciudadanos competentes para resolver los problemas políticos. En consecuencia, lo esencial no es conocer exactamente cuantos son los ciudadanos informados que siguen los acontecimientos políticos, con respecto a los competentes que conocen los modos de resolverlos o que saben que no lo saben. Lo importante será más bien, que cada maximización o perfeccionamiento de la democracia, cada crecimiento y aumento de la participación de los ciudadanos y de las formas de democracia directa incrementa el número de personas informadas y al mismo tiempo aumenta su competencia, conocimiento y entendimiento. En esta última dimensión la tarea y función de los partidos pasa a ser fundamental.

Del análisis de algunos de los factores de cambio que han ocurrido a nivel societal, que constituye el entorno o el ambiente en el cual operan los partidos, se concluye con claridad que es preciso pensar en nuevas funciones y tareas para los partidos. Los partidos deben abandonar su tendencia autorreferencial muchas veces ajena a los intereses y preocupaciones de la sociedad.

Institucionalización de sistemas de partidos

En este contexto, el rediseño del sistema de partidos políticos debe propender hacia su institucionalización. Dónde existe un sistema de partidos institucionalizados, estos son actores principales y estructuran el proceso político; en cambio donde están menos institucionalizados, los partidos no son dominantes, no estructuran el proceso político de una

manera muy significativa, y por lo tanto, la política tiende a estar menos institucionalizada y por ende, se hace más impredecible. En general, la institucionalización de un sistema de partidos se refiere a un proceso en virtud del cual la práctica o la organización está bien establecida y conocida. Los actores desarrollan expectativas, orientaciones, y comportamientos basados en la premisa de que esta práctica u organización va a prevalecer en el futuro previsible. Como señala Huntington “la institucionalización es el proceso en virtud del cual la organización y los procedimientos adquieren valor y es habilidad”.

Para que un sistema democrático de partidos se institucionalice deben cumplir por lo menos 4 condiciones:

- a. Estabilidad en las reglas y en la competencia interpartidaria, es decir, los modelos de competencia partidaria deben tener alguna regularidad, lo que no significa que deban mantenerse congelados.
- b. Los partidos deben tener raíces estables en la sociedad. De otra manera no estructuran las preferencias políticas a través del tiempo, y existe una limitada regularidad respecto a cómo la gente vota. Una de las medidas más significativas para medir en consecuencia la institucionalización de los partidos respecto a aquellos que no están institucionalizados, se refiere a cuán profunda es la vinculación de los ciudadanos a los partidos.
- c. En un sistema de partidos institucionalizados, estos son actores claves en la determinación del acceso al poder.
- d. En un sistema institucionalizado de partidos la organización partidaria importa. Esta no está subordinada a los intereses o ambiciones de los líderes, los partidos adquieren en consecuencia un *status* independiente y un valor por sí mismo.

Los sistemas institucionalizados de partidos ayudan a los grupos a expresar sus intereses permitiendo al mismo tiempo al gobierno gobernar. Seleccionan, agregan y ayudan a resolver los conflictos sociales. Canalizan las demandas políticas y pueden amortiguar los conflictos políticos. Desarrollan raíces en la sociedad en la medida en que los individuos y los actores organizados se vinculan a los partidos.

Un sistema de partidos institucionalizados facilita el gobierno y ayuda a generar canales más fluidos entre el ejecutivo y los partidos, sobre todo en regímenes presidenciales, como son la mayoría de los que actualmente existen en América Latina.

Rediseñar los partidos, para hacer frente a los nuevos desafíos que plantean los cambios a nivel de la sociedad, requiere abordar reformas para la totalidad del sistema de partidos, así como cambiar las prácticas, métodos, e instrumentos de acción política al interior de los partidos mismos. En el ámbito de sistema de partidos, las reformas debieran estar orientadas hacia el cumplimiento de los requisitos que se han señalado para la institucionalización del sistema de partidos.

Otro factor que contribuye decisivamente a la institucionalización de sistemas partidos tiene que ver con la *sinceridad de las elecciones*. Para ello se requiere transparencia de los sistemas electorales, el control adecuado de las elecciones, la información y la publicidad equitativa entre los partidos, y establecer mecanismos adecuados para la expresión auténtica y sincera de las distintas opciones de la ciudadanía. En este marco, adquieren especial relevancia la existencia de padrones electorales limpios, el establecimiento de un adecuado control en las mesas electorales, el acceso equitativo y oportuno a los medios de comunicación por parte de todos los partidos, así como la adecuada información sobre los resultados electorales. Finalmente, otro factor decisivo para la institucionalización de sistema de partidos tiene que ver con el establecimiento de normas de derecho público, que regulen el funcionamiento, la estructura interna, los sistema de votación, y el financiamiento de los partidos políticos. Se podría pensar en este contexto en la creación de organismos autónomos, con suficiente capacidad resolutive y financiamiento propio, que permitan una supervigilancia del sistema de partidos, en todo lo que tenga que ver con su estructura interna, organización, derechos de participantes militantes y adherentes, elecciones internas, etc. Esto posibilitaría una mayor transparencia a la ciudadanía respecto al funcionamiento adecuado de cada uno de los partidos políticos. Estas funciones podrían estar radicadas en los Tribunales Electorales.

Cambios en la gestión y estructura interna de cada uno de los partidos

Los partidos políticos, deben mejorar sustancialmente la calidad de su vinculación con la sociedad. Se requieren nuevas metodologías de trabajo que permitan mejorar la calidad de la vinculación entre los partidos y las organizaciones de la sociedad.

Para que el partido político realice una mediación efectiva entre la sociedad y el Estado, es preciso que su capacidad de representar, comunicar y canalizar las demandas de los diferentes sectores sociales radique no sólo en la estructura superior, sino que ésta se lleve a cabo en toda la estructura partidaria, desde la base misma. Es preciso, en consecuencia, en una sociedad compleja como la actual, establecer canales de participación adecuados para la generación de alternativas y opciones de políticas, y para la evaluación y el seguimiento de políticas y programas, con el fin de que éstas no sólo sean el resultado de la voluntad o la intuición de determinados dirigentes, sino el fruto de un proceso de participación acumulativo que se inicia desde la instancia primaria o básica de cada partido.

Es indispensable reformular la gestión partidaria para establecer y normalizar determinadas funciones básicas que deberán cumplirse en toda la estructura de los partidos, desde la base de la comuna, por ejemplo, hasta la dirección nacional. De esta manera, en los partidos se establecerán no sólo cargos políticos vinculados a determinadas posiciones de poder, sino que se pondrá más énfasis en las funciones y tareas.